

## LA PERSPECTIVA PEDAGÓGICA

*Jaume Casamort*



Escribir un artículo de fondo sobre los aspectos pedagógicos del deporte escolar no resulta del todo sencillo, como es obvio, puesto que cualquier teorización y reflexión expone siempre una visión determinada según el punto del autor y el contexto social y teórico en el cual se da.

Por ello, ya de entrada, pido que el conjunto de ideas, proyectos, pensamientos y propuestas sean considerados en el sentido de que buscan, en última instancia, el desarrollo del niño, al que hay que considerar una unidad estructuralmente indivisible.

No es mi intención, por otro lado, dar soluciones puntuales, concretas y válidas para todo el mundo a un problema tan complejo como es el deporte escolar, sino hacer una aproximación, desde el punto de vista de la pedagogía y la educación, a aquellos aspectos y connotaciones más notables que concedan una dimensión más formativa al deporte escolar.

La lectura crítica y la reflexión posterior pueden ayudar a los colectivos y a las personas implicadas a debatir y profundizar algunos de los numerosos interrogantes que plantea cualquier propuesta o modelo de deporte escolar.

No es fácil dar una definición única, universal y válida de lo que se entiende por deporte escolar; pero, planteado en términos educativos, habríamos de ser partidarios de aquellos modelos que defienden de forma integrada tanto los aspectos de carácter individual como los de carácter social y cultural del individuo, ya que este es considerado persona en la medida que es miembro de un grupo social determinado y participa de forma particular de sus valores y normas.

Buscar y encontrar este equilibrio entre individuo y grupo social será el primer condicionamiento de un deporte escolar intrínsecamente educativo.

Por tanto, uno de los aspectos claves

de esta temática no es el tratar de determinar si el deporte escolar ha de organizarse para unas determinadas edades, si ha de ser dirigido y tutelado por unos grupos determinados de instituciones sociales, que de forma insistente reclaman su protagonismo y paternidad, ni tampoco el hecho de delimitar el posible abanico de deportes que desde una óptica más o menos agonística y/o lúdica buscan su lugar en la competición, sino hacer que los responsables, sean cuales fueren, tomen conciencia del hecho que es necesario velar por un deporte escolar de tipo paidocéntrico. En efecto, en éste el principal protagonista es el niño, con toda la problemática específica que presenta en estas edades evolutivas y cronológicas y en las que, paso a paso, y estadio a estadio, va estructurando progresivamente su personalidad en el entorno social y cultural que le ha tocado vivir. El hecho de conseguir un modelo de deporte escolar muy cercano al niño, que forme parte de su inmediata realidad, hará posible que todas las actividades de este tipo en las que está inmerso, sean intrínsecamente motivadoras y abiertamente interesantes, con lo cual se facilitará su participación así como la acción pedagógica del profesor, entrenador o monitor.

### **Ciencia pedagógica y deporte escolar**

El concepto pedagogía, de acuerdo con su origen griego, significa conducción del niño. En un principio este término aludía a un acompañamiento meramente físico y externo, dado que el pedagogo era el esclavo encargado por la familia de llevarle y dejarle en manos de las diferentes personas especialistas en instrucción, como podían ser el paidotriba o el citarista, que procuraban su formación.

Desde esta perspectiva histórica, los conceptos de pedagogía y pedagogo serían irrelevantes, vacíos de todo contenido formativo, y no tendrían nada que ver con su significado actual, según el cual se considera la pedagogía como la verdadera ciencia de la educación, y tiene una función claramente definida: desarrollar la personalidad del educando en sus aspectos biológico, psicológico y relacional.

Por eso, desde la óptica de la buena

pedagogía, todo modelo educacional —y también de deporte escolar— que no esté en esta línea debería rechazarse o habría que cambiarlo de forma inmediata.

El objeto material de la pedagogía, es decir, su campo específico y propio de estudio, es la educación en el sentido general y los hechos educacionales en particular.

El concepto educación, lo mismo que le ha sucedido al *de* pedagogía, ha ido variando semánticamente a lo largo de su historia, hasta el punto de configurar las dos tendencias que dominan el panorama pedagógico actual y que son consecuencia directa de dos estructuras sociales muy distintas: la tradicional o agraria y la moderna o industrial.

Cada tipo de estructura no sólo es una manera distinta de interpretar al hombre, sino que tiene tras de sí toda una manera de entender la vida y las relaciones sociales. Esta filosofía predominante repercute necesaria y directamente en los modelos, educativos y también, sin duda alguna, en las concepciones deportivas, distintas a todos niveles. Es lógico pensar que algunos de los problemas que se plantea la pedagogía actual, como la imposibilidad material de controlar y acceder a los cambios constantes de conocimientos, la adaptación a las nuevas tecnologías, la importancia del desarrollo de actitudes de formación permanente, la falta de calidad de la enseñanza, la crisis de valores y otros tengan una incidencia manifiesta en el mundo del deporte escolar, ya que son claramente extrapolables al mismo.

En las últimas décadas ha habido más avances de tipo material, científico, social, económico y cultural que a lo largo de toda la existencia del hombre. La permanencia y la inmovilidad han dado paso a una estructura social esencialmente cambiante. El deporte escolar que nace y se configura en estos últimos años, paradójicamente, aparece con una concepción bastante ligada al anquilosamiento y fosilización más propios de tiempos pasados.

Es ente sentido, diríamos que el deporte escolar debería adaptarse a los tiempos que lo han hecho aparecer, y eso sólo será posible en la medida en que seamos capaces de diferenciarlo y separarlo del deporte de alta competición, hecho que no necesariamente obligaría a dejar de lado uno de sus objetivos de siempre: ser el vivero de futuros deportistas de élite, sino que, simplemente,

se convertiría en una actividad más formativa. Pedagógicamente hablando, vemos que estas dos realidades socioculturales a las cuales hemos aludido anteriormente configuran los dos grandes modelos educativos actualmente existentes. Por una parte, está la corriente de la educación tradicional, que propugna una instrucción academicista, «bancaria», impuesta desde arriba, en que los profesores, los contenidos y los métodos son los que dan sentido al proceso educativo; por otra, encontramos todas aquellas teorías que dan sentido al movimiento de la educación moderna, en la que los intereses, las necesidades, la actividad y participación del niño son algunas de sus propuestas y principios más significativos.

Desde esta óptica, veríamos que el deporte escolar herméticamente reglamentado, en donde la norma es invariable, el entrenador infalible y la autoridad del árbitro incuestionable parecerían, en principio, mucho más vinculados a una visión tradicional de la educación. Al contrario, el deporte escolar, en donde la norma no fuese inflexible, el entrenador y el árbitro se convirtiesen en elementos facilitadores y el deportista en un sujeto con capacidad de aportar nuevas perspectivas y situaciones, lo veríamos como una actividad más ligada a las nuevas tendencias pedagógicas.

La respuesta pedagógica, desde esta perspectiva dialéctica, consistiría en intentar alcanzar lo que es educativamente válido en ambas tendencias e integrarlo en un modelo socialmente aceptado.

Tanta importancia educativa podría mantener la observación y la ejecución estricta por parte del escolar de un sistema táctico ofensivo en balonvolea, fijado por el entrenador, como la posibilidad individual de resolver creativamente las diversas situaciones de ataque que puedan aparecer a lo largo del juego. De la misma forma, tanta importancia educativa puede lograr. La observación estricta del reglamento por parte del niño como su adaptación con ayuda de los dirigentes federativos o de los profesores, entrenadores y monitores, a las características del grupo al cual va destinado.

En ambos ejemplos la clave pedagógica radicaría en el hecho de que el deportista conociese las razones y reconociese la importancia relativa que en cada caso pueden tener dichas opciones.

## Acción educativa y deporte escolar

Como ya se ha indicado al principio, tampoco es nada fácil encontrar una definición exacta y única de educación. Pensadores, religiosos, maestros, pedagogos, sociólogos, legisladores, políticos y todos aquéllos que, de alguna forma, han tenido relación con el mundo de la pedagogía y la educación han dado versiones diferentes de lo que entendían por ello. Eso hace imposible la aceptación y el establecimiento de una concepción unívoca, universal y válida para todos.

Con todo, si se quiere efectuar un análisis de los distintos conceptos de educación aparecidos a lo largo de los tiempos, podemos ver cómo siempre aparecen, a veces de forma explícita y otras de manera implícita, unos elementos que se configuran alrededor de una acción, la acción educativa. Y es en estos aspectos, el de la actividad, el de la pragmatidad y el de la posibilidad, donde el concepto de educación se hace diferente del de la pedagogía de carácter más bien filosófico, dialéctico y teórico. Sin temor a equivocarnos, podemos decir que la pedagogía se sitúa en el ámbito del pensamiento y la educación en el de la acción y la praxis; aunque, eso sí, ambas se necesitan inexorablemente.

Esta acción que, por tratarse de educación, puede llamarse también pedagógica, tiene un punto de llegada, el educando, que es quien experimenta cambios positivos y esperados como consecuencia de la intervención del autor de la misma, el educador.

Cuando esta acción es sistemática, organizada, planificada, consciente y voluntaria, y cuando la llevan a cabo personas a las que se lo ha encomendado la sociedad y que están preparadas para llevarla a buen término, podemos hablar de educación en sentido estricto. Por tanto, cuando los entrenadores y monitores de deporte escolar actúan en consonancia con esta perspectiva hay que considerarlos verdaderos educadores. Por el contrario, cuando esta acción es involuntaria, inconsciente, asistemática y realizada por colectivos, instituciones o personas que tienen otra responsabilidad social pero que también influyen en el individuo y hacen que éste cambie, hablaremos de socialización.

El deporte escolar y los deportistas escolares reciben necesariamente influencia desde estas dos perspectivas; por un lado, el profesor, entre-

nador y monitor lo hacen de forma sistemática y van desarrollando y alcanzando los objetivos y las metas propuestas; simultáneamente, no obstante, la prensa, la radio, la televisión, la familia, los amigos, etcétera, verdaderos educadores secundarios, incidirán también en los conocimientos y actitudes en materia deportiva, y muchas veces esta incidencia será incluso contradictoria. Proceso educador y proceso socializador entran pues, con frecuencia, en conflicto casi permanente e inciden significativamente, a veces de forma positiva y otras negativamente en la formación tanto personal como deportiva del niño.

Por supuesto, un buen entrenador procurará e intentará inculcar las normas mínimas de respeto hacia el adversario, el árbitro y el público, pero es probable que también reciba paralelamente vivencias de juego duro, agresiones físicas o público enloquecido, espectáculos que desgraciadamente y con demasiada frecuencia provienen del deporte llamado de élite. El deporte escolar, para alcanzar un cariz básicamente educativo, debería ser dirigido y conducido por entrenadores y monitores con conocimientos suficientes sobre el niño y el mundo social y cultural que lo envuelve. Así, podrían encontrarse las soluciones pedagógicas más adecuadas a todo este cúmulo de conflictos que dificultan el desarrollo normal del niño deportista; así también se podrían dar las explicaciones adecuadas a aquellas situaciones que lo requieren y la acción deportiva se convertiría en educación o acción educativa.

Como es sabido, el *fair play* es un valor que la teleología educativa y deportiva siempre se propone como meta y alcanzar dentro de cualquier programa de deporte escolar. Pero esta tarea se ve casi siempre ensombrecida por las noticias que día tras día se leen en la prensa o las imágenes que se ven en la televisión. En este sentido, la actuación correcta por parte del entrenador sería la de aprovechar esta circunstancia para reflexionar con el niño y plantearse por qué se dan estas situaciones; se le haría ver también los grandes condicionamientos de todo tipo: económicos, políticos, familiares, etcétera, que rodean e invaden el espacio social del deportista de élite. Es probable, por ejemplo, que un resultado pueda cambiar su vida, y así, ser motivo de una gran acumulación de tensión psíquica.

ca que estalle precisamente durante el encuentro. Eso, que socialmente es rechazable, puede ser explicable individualmente en aquellos momentos, pero nunca es justificable desde un punto de vista educativo. Es evidente que el niño en edad escolar nunca podrá actuar de esta manera si se le hace participar en un tipo de competición en la cual, lejos de reproducirse los esquemas de la alta competición, predominan los aspectos pedagógicos.

El deporte escolar, entendido desde esta óptica, se acercaría más a un modelo educativo, y por tanto, sería una herramienta de gran valor formativo desde el punto de vista pedagógico y objeto de inclusión en el programa de formación escolar.

### **El deporte escolar como resultado cultural**

Antropológicamente el hombre es movimiento, que es consecuencia de un proceso interno sostenido por un conjunto de estructuras biológicas y psicológicas. La producción de este movimiento humano es idéntica en todas partes, es decir, que en su producción intervienen necesariamente las mismas estructuras.

A pesar de esta realidad, el resultado del movimiento y su sentido son distintos en las diferentes culturas, y así el componente teleológico alcanza gran importancia. El hombre se mueve, pero se mueve para conseguir algo, y lo que le da un sentido y lo diferencia de los seres filogenéticamente inferiores es el conocimiento de ese algo.

En las culturas de algunos de los pueblos primitivos que aún hoy subsisten se desconoce el hecho educativo y también el hecho deportivo tal como nosotros los entendemos. De esto se deduce que, si bien desde el punto de vista antropológico el movimiento humano es cultural y biológicamente necesario, el hombre no está obligado a decidirse hacia una práctica determinada. Para aclarar esto, diremos que lo importante es comer y hacerlo de alguna manera, pero no necesariamente hacerlo con cuchillo y tenedor, ya que es evidente que puede haber otras respuestas que sean válidas desde el punto de vista cultural.

Dentro de nuestra cultura occidental y mediterránea, igual que otras civilizaciones, tenemos un proyecto concreto y determinado del hombre, que se consigue mediante la acción coordinada de las distintas fuerzas

sociales que le rodean, entre las que podríamos destacar la familia, la escuela y el gobierno.

Muchas veces los pedagogos nos preguntamos por qué las cosas son de esta manera si podrían ser de otra, o por qué los contenidos educativos son los que son, cuando lo cierto es que se pueden cambiar. La respuesta a este planteamiento sólo se puede formular desde una óptica supraindividual. Es la sociedad formada por todos nosotros, y en la que tenemos nuestra participación y representación, la que de forma democrática establece los modelos y marca los objetivos. Ella es la que determina las pautas que hemos de aceptar, aunque discrepemos de ellas. No hay otra salida dentro de una concepción moderna de la sociedad. Si no somos capaces de defender nuestras propuestas y nuestras ideas, hemos de aceptar las de la mayoría. El talante democrático y dialéctico es el camino para llegar a un acuerdo en este sentido. La sociedad, pues, fijará los objetivos educativos para buscar este modelo de hombre del que antes hemos hablado, y el deporte escolar debería integrarse, con decisión y profundidad, en este proyecto de futuro y colaborar directamente en la consecución de los objetivos educativos establecidos para la edad escolar.

### *Deporte escolar y objetivos educativos*

Cualquier propuesta sobre deporte escolar incide directamente en este ámbito. Todo el mundo reconoce que el deporte ayuda, por principio, al desarrollo biológico, fisiológico, motriz, etcétera, del individuo. La consolidación y el perfeccionamiento de los movimientos básicos como correr, saltar, girar, desplazarse, deslizarse, etcétera; el aprendizaje de las técnicas simples o complejas basadas en la combinación, coordinación y disociación de los movimientos y la mejora de las cualidades físicas básicas —fuerza, velocidad, resistencia, flexibilidad y sus derivados— son claros ejemplos de ello.

Una buena velocidad de reacción y una buena velocidad de desplazamiento favorecen al contraataque en hándbol; pero, por otra parte, el hecho de trabajar tácticamente el contraataque en una sesión de entrenamiento o de ejecutarlo repetidamente durante un encuentro repercute de forma directa en las cualidades mencionadas. Se produce en-

tonces una especie de reacción circular entre técnicas deportivas y cualidades físicas y motrices. Como puede verse, el deporte escolar asume perfectamente las metas que la pedagogía marca en este ámbito, pero seguidamente surge la pregunta si éste puede dar respuesta también a los otros ámbitos antes aludidos, o, en otras palabras, si los dirigentes y entrenadores pueden incidir de forma consciente, voluntaria e intencional en los ámbitos psicológico y relacional del escolar. Creemos que, después de todo lo que se ha analizado hasta ahora, la respuesta no puede ser más que afirmativa.

*Objetivos del ámbito psicológico y relacional y deporte escolar*  
Aquellas personas que no ven claramente el valor educativo y formativo de la educación física y el deporte escolar podrían considerar utópico o irrealizable el hecho de que, a través de estas disciplinas básicamente ligadas al movimiento y la motricidad humana, se pueda también trabajar y buscar objetivos que tradicionalmente han sido patrimonio de otras materias como las matemáticas, las ciencias naturales, la física, la ética, etcétera.

Pero quienes mantenemos alguna relación con el mundo de la pedagogía y el deporte escolar sabemos y conocemos sus posibilidades reales. Eso sí, a condición de aprovechar al máximo las diversas situaciones educativas que este tipo de deporte proporciona.

Sólo la ausencia de conocimientos y de capacidad puede impedir que el entrenador o monitor que preterida trabajar la resistencia aeróbica de sus alumnos imparta, de forma simultánea, conocimientos sobre los procesos fisiológicos que se desencadenan al mismo tiempo y que hacen posible la mejora de esta cualidad física. Si a este hecho se le añade, además, un tipo de trabajo en grupo que beneficie la cooperación y ayuda recíprocas entre los deportistas escolares, se trabajará también el tercer ámbito, el ámbito relacional.

Cuántas veces la falta de cooperación y espíritu de sacrificio personal han llevado al fracaso a más de un equipo considerado en principio superior desde los puntos de vista físico, técnico y táctico. La solución deberá contemplar inevitablemente un planteamiento pedagógico que tienda a cubrir este campo, pero nunca como parche, sino como una

meta permanente y perenne. Y esto, es obvio, puede constituir perfectamente la tarea educativa del entrenador o el monitor.

### **Consideraciones finales**

Es evidente que siguiendo esta línea de análisis podríamos llegar mucho más lejos, en este planteamiento en parte filosófico y en parte pedagógico, de lo que debería contemplar un deporte escolar profundamente formativo.

La solución supone romper barreras y plantear módulos que tiendan a la multivariada y la cooperación de todas aquellas personas que ejerzan una interacción sobre el alumno y el deportista, y a canalizar las energías que ayuden a alcanzar los objetivos educativos establecidos.

Para ello, es necesario establecer un inventario de los principios pedagógicos de la educación e incorporarles directamente al deporte escolar. Es impensable proponer un modelo pedagógico de deporte escolar que no contemple de forma clara la importancia de los intereses y las motivaciones del escolar; que deje de lado planteamientos didácticos centrados en la individualidad de las capacidades, actitudes y aptitudes tanto intelectuales como biológicas y sociales; que no aproveche el aspecto lúdico de la actividad deportiva, y subraye la dimensión recreativa conjugándola con la dimensión agonística; que no haga posible de alguna manera la flexibilización de la norma y el reglamento y no ofrezca otra alternativa que la de repetir determinadas situaciones de juego —no olvidemos que tratamos de ir aprendiendo— sino que lo adapte a las condiciones y circunstancias del momento; que no esté abierto a cuantos quieran participar voluntariamente prescindiendo de sus cualidades y capacidades. Estas y otras muchas propuestas pedagógicas serían ciertamente las que asegurarían que el individuo en fase de formación se convirtiese mañana en un hombre más libre, mejor adaptado a la sociedad y a la cultura que ha heredado sin dejar de tener la suficiente capacidad crítica y clarividencia que le permitan avanzar y faciliten la evolución tanto deportiva como cultural de la sociedad en la que está inmerso.